



Revista Digital de Educación Física

ISSN: 1989-8304 D.L.: J 864-2009

EDITORIAL

ROMPIENDO LOS MUROS DE LA ESCUELA

Hay ideas que sobreviven al paso del tiempo porque siguen respondiendo a necesidades profundamente humanas. Una de ellas es la necesidad de aprender en contacto con el mundo real, lejos de la sensación de encierro que tantas veces acompaña a la escuela contemporánea. En una época en la que hablamos constantemente de motivación, innovación y metodologías activas, quizá convenga detenernos un momento y preguntarnos si no hemos olvidado algo esencial: el movimiento, la exploración y la experiencia directa con el entorno.

Llevo muchos años trabajando en educación, especialmente en la etapa de Educación Infantil, y durante todo este tiempo he escuchado el mismo discurso repetirse generación tras generación. El alumnado está desmotivado, se mueve menos, pierde interés rápidamente y cada vez cuesta más despertar su entusiasmo por la actividad física. Sin embargo, en pocas ocasiones nos detenemos a pensar si esa desmotivación puede tener relación con la manera en que seguimos planteando la Educación Física y, en general, la experiencia escolar. Tal vez no sea únicamente un problema del alumnado. Quizás debamos preguntarnos si la escuela continúa ofreciendo experiencias capaces de despertar la curiosidad, el reto y la emoción.

En demasiadas ocasiones la Educación Física se reduce a rutinas previsibles, a espacios cerrados y a dinámicas repetidas curso tras curso. Mientras tanto, fuera de las paredes del centro educativo existe un entorno lleno de posibilidades pedagógicas que sigue siendo utilizado de manera residual. La naturaleza continúa esperando a las puertas de la escuela,

aunque muchas veces parezca que la observamos con temor más que con interés.

Siempre me he sentido especialmente atraído por las actividades físicas en el medio natural. No únicamente por el componente deportivo o recreativo que poseen, sino por todo aquello que generan alrededor. Cuando el alumnado realiza una ruta de senderismo, participa en una actividad de orientación o se enfrenta a un pequeño reto de aventura, no solo está haciendo ejercicio; está tomando decisiones, cooperando, observando el entorno, resolviendo problemas, superando inseguridades y descubriendo capacidades que difícilmente emergen entre cuatro paredes.

Quizá por eso las experiencias en el medio natural suelen dejar huella. Hay una motivación distinta cuando el aprendizaje ocurre fuera del aula convencional. El alumnado se siente protagonista de algo real. El espacio deja de ser un escenario rígido y controlado para convertirse en un entorno vivo, cambiante e imprevisible. Y precisamente ahí aparece una de las mayores riquezas educativas de estas actividades: obligan a adaptarse, a pensar y a actuar.

No estamos hablando, además, de una idea nueva. Hace más de un siglo la Institución Libre de Enseñanza ya defendía la importancia de abrir la escuela al entorno, entendiendo que la naturaleza podía convertirse en un aula extraordinaria. Aquellos docentes comprendieron algo que hoy seguimos necesitando recordar: el aprendizaje cobra sentido cuando conecta con la experiencia. Resulta llamativo que, en pleno siglo XXI, continuemos debatiendo sobre la necesidad de sacar a los estudiantes fuera del aula como si fuese una propuesta revolucionaria.

Las actividades en el medio natural poseen, además, una capacidad interdisciplinar difícil de igualar. En una salida al entorno aparecen de manera espontánea las matemáticas, la geografía, la historia, las ciencias naturales o la educación emocional. Una simple ruta puede convertirse en una experiencia completa de aprendizaje compartido. El alumnado calcula distancias, interpreta mapas, observa el paisaje, comprende el relieve, analiza el clima y aprende a convivir con los demás. Todo ello mientras se mueve, disfruta y participa activamente.

Sin embargo, pese a todas estas posibilidades, la realidad cotidiana de los centros educativos sigue mostrando enormes resistencias. Y esas resistencias aparecen en todas las etapas educativas, aunque

probablemente se hacen todavía más visibles en Educación Infantil. Existe una percepción muy extendida de que los niños pequeños “no pueden”, “se cansan demasiado” o “es peligroso” realizar determinadas actividades fuera del centro. El miedo termina construyendo una barrera invisible que limita enormemente las oportunidades educativas.

Curiosamente, cuanto más pequeño es el alumnado, mayor parece ser el temor adulto a permitirles explorar. Y, sin embargo, la infancia necesita precisamente eso: descubrir, manipular, experimentar y moverse libremente. El entorno natural debería ser uno de los primeros espacios de aprendizaje de cualquier niño/niña. La tierra, los desniveles, las piedras, los árboles o los cambios del terreno ofrecen estímulos motrices imposibles de reproducir completamente en un aula o en un patio excesivamente artificializado.

En Primaria y Secundaria las dificultades cambian ligeramente de forma, aunque en el fondo responden a las mismas preocupaciones. El profesorado suele mencionar la falta de tiempo, la rigidez organizativa de los centros, la burocracia asociada a las salidas, la responsabilidad legal o la falta de recursos materiales. A ello se suma una cuestión que rara vez se aborda con suficiente profundidad: muchos docentes no se sienten preparados para organizar este tipo de experiencias.

Y, probablemente, ahí se encuentre una de las claves del problema. Durante años la formación inicial del profesorado ha priorizado modelos de enseñanza desarrollados casi exclusivamente en espacios cerrados. El resultado es que muchos docentes perciben el medio natural como un entorno complejo e inseguro en lugar de entenderlo como una oportunidad educativa. No se trata de una falta de interés ni de compromiso profesional. Se trata, en gran medida, de una inseguridad adquirida.

A veces, olvidamos que nadie enseña con tranquilidad aquello que no domina. Resulta difícil pedirle al profesorado que organice actividades en el entorno natural si nunca ha vivido experiencias similares durante su formación. El miedo al riesgo, a los accidentes o a perder el control del grupo termina imponiéndose. Y así, poco a poco, la escuela se repliega sobre sí misma.

Pero quizá la solución no pase por plantear grandes aventuras imposibles ni por exigir transformaciones radicales de un día para otro. Tal vez el cambio deba comenzar con algo mucho más sencillo: recuperar el exterior como espacio cotidiano de aprendizaje. Abrir la puerta del aula.

Utilizar el patio de otra manera. Caminar por el entorno cercano. Descubrir el parque del barrio. Convertir los espacios exteriores en lugares pedagógicos reales.

La educación en el medio natural no empieza necesariamente en una montaña o en un barranco. Empieza cuando el profesorado deja de considerar el exterior como un espacio secundario. Empieza cuando comprendemos que aprender al aire libre no es perder tiempo, sino ganar experiencias significativas.

En este sentido, los modelos pedagógicos vinculados a la educación de aventura ofrecen posibilidades especialmente interesantes. No porque busquen actividades extremas, sino porque entienden el aprendizaje como una experiencia basada en el reto, la cooperación y la superación personal. Muchas veces basta con propuestas muy sencillas para provocar cambios importantes en el alumnado: circuitos de equilibrio, juegos de orientación, pequeñas construcciones cooperativas o dinámicas de exploración del entorno.

Cuando un niño/niña supera un desafío físico que inicialmente le generaba inseguridad, ocurre algo mucho más importante que el simple éxito motriz. Aparece la confianza. Aparece la sensación de competencia. Aparece el descubrimiento de que es capaz. Y eso tiene un enorme valor educativo.

Además, las actividades en el medio natural generan algo que hoy parece cada vez más necesario: experiencias compartidas auténticas. En un contexto donde gran parte de la vida infantil y adolescente transcurre frente a pantallas, el contacto con la naturaleza ofrece una vivencia física, emocional y social difícilmente sustituible. El alumnado conversa, coopera, se ayuda y toma decisiones reales. Hay barro, cansancio, incertidumbre, alegría y descubrimiento. Hay vida.

Por supuesto, esto no significa ignorar la importancia de la seguridad ni minimizar las dificultades organizativas que existen. Sería ingenuo hacerlo. Los centros educativos necesitan apoyo institucional, formación adecuada y recursos suficientes para que este tipo de propuestas puedan desarrollarse con garantías. No se puede exigir innovación permanente al profesorado mientras se mantiene una estructura excesivamente rígida y burocrática.

La Administración educativa debe asumir también su parte de responsabilidad. Si realmente queremos una Educación Física más dinámica, interdisciplinar y conectada con la realidad, es imprescindible apostar por una formación práctica y accesible que permita al profesorado sentirse acompañado. La seguridad no debería convertirse en una excusa para inmovilizar la escuela, sino en una herramienta para construir experiencias educativas mejor planificadas y más enriquecedoras.

Aun así, más allá de las leyes, los horarios o los recursos, creo que existe una cuestión todavía más importante: la mirada pedagógica. La forma en que entendemos la infancia, el aprendizaje y el movimiento. Mientras sigamos concibiendo la escuela como un espacio cerrado donde el alumnado debe permanecer quieto, ordenado y permanentemente controlado, será difícil que las actividades en el medio natural ocupen el lugar que merecen.

Necesitamos volver a confiar en el valor educativo de la experiencia. Necesitamos comprender que el aprendizaje también ocurre cuando el alumnado explora, se equivoca, se ensucia o se enfrenta a situaciones nuevas. Porque educar no consiste únicamente en transmitir contenidos. Educar también es ayudar a descubrir el mundo.

Tal vez haya llegado el momento de romper definitivamente algunos muros. No solo los físicos, sino también los mentales. Los muros del miedo, de la costumbre y de la excesiva comodidad metodológica. La escuela no puede seguir viviendo de espaldas al entorno que la rodea.

Cuando el alumnado descubre que aprender puede ser una aventura, la Educación Física deja de ser una simple asignatura y se convierte en una experiencia que puede acompañarle toda la vida. Y quizá ese sea, en el fondo, uno de los mayores objetivos educativos que deberíamos perseguir.

Estrella González Melero

Técnico Superior Educación y Animación Deportiva.
egcnellica@gmail.com